EL PAIS I de Abr il de 1983.

EL PAIS 1 y 2-4-83

El cante fuera de su tierra

A. ÁLVAREZ CABALLERO

Alguien me preguntaba, no hace mucho, si fuera de Andalucía había afición al flamenco, si se entendía el flamenco. Contesté que sí, aunque con reservas. Porque, evidentemente, el flamenco es un arte que sólo interesa minoritariamente, incluso en Andalucía. Fuera de su solar natural, su capacidad de convocatoria es aún menor.

Pero estas minorías extra-andaluzas —aunque en ellas suele haber buen número de andaluces— son, en cambio, más selectivas, más cualificadas. Quienes en Madrid, en Barcelona, en Logroño o en Salamanca se dedican a cultivar de una u otra manera su afición al flamenco es porque este arte les interesa de verdad. No sólo se trata generalmente de gente entendida, sino además preocupada por estar al día, por documentarse; gente que compra los pocos libros que se publican sobre el tema y los pocos discos que se graban, y que acude a los escasos recitales que se producen, y que integra las peñas.

Todo esto, insisto, a un nivel muy minoritario: que nadie se llame a engaño. La discografía flamenca —que atraviesa una etapa de verdadera penuria— nos puede proporcionar datos significativos. Un *elepé* normal vende 1.000 o 1.500 copias; salvo los de sevillanas, que pueden llegar a las 8.000 o 10.000, y por eso cada primavera salen al mercado varias grabaciones dedicadas exclusivamente al género —Los Romeros de la Puebla, Los Amigos de Ginés, El Pali, Los Marismeños, Los Cantores de Hispalis...—, de cara a la feria de abril sevillana y a la romería del Rocío.

Las peñas flamencas

Las peñas son un importante nexo de unión de los aficionados. Existen prácticamente en toda nuestra geografía, hasta en Galicia y en el País Vasco; incluso en Francia hay algunas. Allí donde hay dos o tres docenas de buenos aficionados surge una peña. En Madrid hay unas cuantas —por lo menos siete federadas— y, de cuando en cuando, se forma una nueva: hace poco fue fundada la de Antonio Mairena en Aranjuez; en la capital es inminente la de Chaquetón.

Pero estas peñas, que en todo el país quizá rebasan los dos centenares, tienen, en general, una vida poco brillante. Muchas de ellas se constituyen y, tras un breve período inicial de entusiasmo, acaban extinguiéndose en la inanición; otras arrastran una existencia muy precaria. Es explicable. La supervivencia de las peñas se fundamenta en las cuotas de los socios, que, a veces, son 20 o 30; sólo algunas privilegiadas cuentan con una subvención oficial u otro tipo de ayuda, pero eso no es lo normal precisamente fuera de Andalucía; otras, las más *poderosas*, quizá pueden explotar un bar en su sede social, pues ya se sabe que el cante sin vino tiene poco ambiente; y son contadas las que pueden montar al año un festival con el que recaudar fondos para su financiación.

¿Qué actividades pueden desarrollar con tan escuálidos recursos económicos? Pocas, muy pocas. Lo más a que pueden aspirar es a llevar, de tarde en tarde, un *cantaor* y un guitarrista que ofrezcan un recital en los locales de la peña, y aun esto supone un esfuerzo considerable, aunque los grandes *cantaores*, comprendiendo las dificultades de estas asociaciones, acuden por precios muy inferiores a los suyos habituales. La consecuencia es que, con frecuencia, son llamados artistas de relativo mérito; o bien que actúen desinteresadamente aficionados de la propia peña, lo cual sí es verdaderamente estimable, porque hay entre ellos valores dignos de atención que no tienen otras oportunidades de manifestarse.

Hay peñas que, pese a todos los inconvenientes apuntados, desarrollan una gran actividad, aunque sean las menos fuera de Andalucía. La madrileña de Fosforito, por ejemplo, con 17 años de vida, lleva cuatro ofreciendo en Vallecas un gran festival flamenco. La peña de Zamora creo que fue la primera no sureña que organizó el Congreso Anual de Actividades Flamencas, y lo hizo además con gran estilo. En Cáceres están Federico y Fernanda Vázquez, animando apasionadamente a un reducido grupo de excelentes aficionados. Y seguramente se me podrían indicar unos cuantos casos semejantes más de los que yo no he tenido noticia.

Capítulo aparte merece la tierra mediterránea, donde el Departamento de Estudios Flamencos de Murcia-La Unión, que dirige Génesis García Gómez, desarrolla una excelente labor. Puede hacerla gracias al apoyo de la Diputación Provincial y no sé si algún otro organismo.

Claro que allí se dan unas condiciones especiales, porque esta zona es el solar propio de una importante parcela del arte flamenco, la genéricamente denominada cante de Levante y de las minas. Es la única región que por derecho propio puede aspirar a considerarse tierra matriz de arte flamenco, al margen de Andalucía.

El Festival Nacional del Cante de las Minas cuenta ya con 22 ediciones, y de él han salido notables *cantaores*. Es el único festival flamenco de rango superior que se celebra fuera de Andalucía. En esa región se ha producido también alguna bibliografía de interés y el departamento antes citado ha editado incluso un disco con el cante de Encarnación Fernández, que es, quizá, la mejor intérprete actual de aquellos estilos de cante.

Pasar por Madrid

Y volvamos a Madrid, la capital del reino. Hay quien dice también que es la capital del flamenco, aunque quizá sea pasarse un poco.

Pero es cierta la prioridad de Madrid en muchos aspectos de esto de lo *jondo*. Todavía hace pocos días decía Enrique Morente en unas declaraciones periodísticas que él se había formado en Madrid, como casi todos los artistas del flamenco: "Desde la época de Antonio Chacón para acá se formó un núcleo profesional del flamenco en Madrid que hace inevitable el pasar por aquí". Y en Madrid está Morente, como están también Menese, y Chaquetón, y Rafael Romero, y Carmen Linares, y Enrique de Melchor, y Perico el del Lunar, hijo, y los Habichuela, y Serranito, y Manolo de las Heras (que, además, es madrileño)...

Y, sin embargo, tampoco hay aquí tantas manifestaciones flamencas a que pueda acceder el gran público. En la temporada que ya enfila su recta final antes del verano quizá pudiera contarlos con los dedos de una mano. Las universidades y colegios mayores, que años atrás dedicaron atención al flamenco, ahora parecen haberlo olvidado. Está el Café Silverio, único lugar donde se puede oír cante serio y como es debido, que, si mantiene una línea de exigencia en la programación, puede convertirse en una pequeña catedral de lo *jondo*. Hay una modesta revista, que se titula *Cabal*, que, con muchas fatigas, ha conseguido sacar dos números, que sale con un marchamo de amor y pasión por el arte flamenco que la hace digna de la atención de quienes quieran estar al corriente de lo que pasa en este arte. Y en el Conservatorio de Música hay una cátedra de guitarra flamenca que, desde hace años, lleva con enorme sentido de la responsabilidad Andrés Bastida.